

Dos modelos de conocimiento, relacionados con la aparición de la subjetividad, útiles para reflexionar en la conceptualización de las pérdidas

David Francisco Ayala Murguía
Escuela Nacional de Antropología e Historia

RESUMEN: El artículo parte de la idea central de que no es posible entender nada sobre las pérdidas de seres queridos, de elementos abstractos o de preferencias o posesiones, o bien, de sus secuelas, su fenomenología o sus metáforas, sin un modelo de conocimiento que permita al interesado comprender claramente la subjetividad con claridad. Pérdida y subjetividad forman un binomio indisoluble. En una línea evolutiva de la aparición del concepto de subjetividad, se analizan y aplican a las pérdidas dos modelos de conocimiento extraídos de la teoría psicoanalítica. Se muestra, además, cómo estas formas de pensamiento, a pesar de su simpleza, perduran en diferentes áreas del conocimiento, como la etnología, el psicoanálisis, la medicina y la antropología.

ABSTRACT: This article's starting point is the blatant inability to understand either the loss of beloved persons, personal belongings and possessions, or its consequences, phenomenology or metaphor, if it's not given a knowledge model that allows us to clearly understand the subjectiveness. The loss and the subjectiveness constitute an indissoluble binomial. Two models of knowledge based on Psychoanalysis theory are analyzed and applied to the loss in an evolutionary line of subjectiveness appearance. Besides, it is shown how these thinking approach endure in different subjects such as Ethnology, Psychoanalysis, Medicine and Anthropology.

El mar se mide por olas, el cielo por alas, nosotros por lágrimas...

J. SABINES

Todas las interpretaciones son provisionales; las realizan sujetos ubicados que están preparados para saber ciertas cosas y no otras.

RENATO ROSALDO

INTRODUCCIÓN

Cuando se trata de trabajar un tema tan complejo como el de las pérdidas pronto nos sale al paso una mezcla conceptual que daría la impresión de ser

un Frankenstein, construido con restos de discursos como el de la física decimonónica, el discurso médico y el psicológico, el popular, el de difusión del psicoanálisis, el etnográfico, el antropológico, entre otros; todos ellos integran una ideología con pretensiones científicas que termina por presentarnos los hechos culturales referidos a las pérdidas como si se tratara de algo natural, homogéneo y universal.

Tal diversidad, desprovista de unidad, dificulta cualquier trabajo de comprensión u operatividad sobre el sujeto cuando se trata de entender algo sobre sus reacciones a las pérdidas. Con tal panorama por delante, ¿por dónde conviene iniciar la reflexión para no caer en los errores comunes en este campo?

Valdría la pena llevar a cabo una deconstrucción, un desarme de tal amalgama discursiva, y permitir que debajo del velo no se muestre sólo la complejidad del tema, sino también cómo pensarlo desde la subjetividad y en ella.

¿Cómo hacerlo? La pregunta indica que tal trabajo no se ha hecho y que es preciso realizarlo. En el psicoanálisis freudiano, por ejemplo, existe una tríada de artículos *Duelo y melancolía* (1917), *Psicología de las masas y análisis del Yo* (1921) y *El Yo y el Ello* (1923) que hacen mención al tema, y uno de ellos incluye en su título parte del problema, pero no existe una teoría desarrollada al respecto, aunque sí ideas sueltas aquí y allá expresadas por diversos autores que tratan sobre el campo mencionado.

El propósito en esta labor por emprender es trabajar paralelamente dos conceptos: las pérdidas y la subjetividad, partiendo desde los primeros esfuerzos científicos realizados para construir el segundo de estos conceptos (la subjetividad) y luego, situados en cada estación de su elaboración, ver qué puede enseñarnos éste sobre el primero (las pérdidas).

El presente intento es limitado, no pretende extender una breve elucidación desde la cultura local hasta una naturaleza universal de las pérdidas, es sólo el primer eslabón de una cadena, la primera piedra de una obra en la que el autor trabaja; en otras palabras, es el inicio del empleo de dos modelos tomados del psicoanálisis, si se considera que esta disciplina es la que más dice respecto de la subjetividad.

OBJETIVO

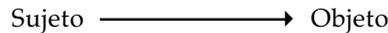
Tomando como base dos de los primeros modelos desarrollados por Freud, nos proponemos reflexionar en torno a las estaciones, a las dificultades, a los

elementos pasados y presentes que fueron posibilitando la elaboración del concepto ' subjetividad '. Podrán parecer simples, pero debemos tener en cuenta que se trata de los estadios iniciales en la construcción de un concepto, de modo que nos servirán también como telón de fondo, como medio de contraste para detectar los avances. Pero, ¡oh contradicción! también nos servirán para observar toda la carga del pasado que aún portan y que, a pesar del tiempo transcurrido y de las nuevas propuestas, se conservan vigentes y operantes, aun cuando no den cuenta del fenómeno al que se aplican. Daría la impresión de que en el campo de la subjetividad, lo que alguna vez fue supuesto resulta prácticamente indeleble.

Se verá también cómo aplicar lo que ha sido decantado en este campo, la riqueza fenomenológica que presentan las pérdidas y sus múltiples variantes.

INICIOS DEL PRIMER MODELO

Para realizar la labor propuesta tomemos un punto de partida, un organizador; en nuestro caso ¿cuál podría ser? Utilicemos el paradigma:



La elección parece productiva, pues de inmediato se nos plantean varias interrogantes: ¿de qué lado del par sería preciso ubicarnos para profundizar en nuestro estudio? La respuesta tendría que ser acorde con el enfoque que nos ocupa; entonces, si lo que nos interesan las pérdidas en función de la subjetividad ¿cómo se encuentran implicados los términos que aparecen en el paradigma, en el fenómeno pérdida-subjetividad? ¿Qué se pierde? ¿Se carga más de un lado que del otro? ¿En qué espacio ocurre y transita el evento? ¿Qué otros elementos rodean a cada uno de los términos empleados?

Podríamos ensayar una primera respuesta, ubicada en lo más obvio del fenómeno y decir *es el objeto lo que el sujeto pierde*; ahora bien, si tal fuera el caso, ¿cuál es la naturaleza del objeto que, cuando desaparece, provoca reacciones y síntomas al sujeto, como los englobados en el duelo normal o en el patológico, que después puede virar y transformarse en depresiones, adicciones, bulimias, anorexias e incluso suicidios?

Otra cuestión más surge del paradigma elegido y del primer ensayo de respuesta; tenemos dos polos: por un lado está lo que se pierde, el objeto, el

cual tendrá mucho que ver tanto con la forma que puede tomar las pérdidas, como en la construcción de la subjetividad; del otro lado está quien acusa las pérdidas, el espacio donde podemos estudiar y constatar los cambios y efectos producidos. En el sujeto y en su campo, en su subjetividad, se registran las pérdidas, y también en él se procesa o eterniza.

Lo anterior nos ha conducido, sin esperarlo, a una bifurcación de caminos: a) por un lado están el sujeto y el correspondiente espacio observable de las pérdidas, y b) el objeto, su naturaleza, lo que del sujeto permanece en éste y cómo se le ubica antes y después que desaparece. Entonces, sujeto y objeto no son de naturaleza tan diferente ni tan opuesta.

Por lo anterior, es evidente que, además del binomio involucrado en el paradigma escogido, es necesario introducir dos elementos más, el tiempo y el espacio, implicados en todo el proceso, el cual inicia con el evento desencadenante y termina con la fenomenología sintomática correspondiente a las pérdidas. Otros elementos podrían ser incluidos y de hecho deberían ser incluidos, pero el enfoque evolutivo con el que hemos escogido nuestros modelos teóricos limita nuestro alcance en la selección e incorporación de otros conceptos.

A PROPÓSITO DE LA TEORÍA TRAUMÁTICA (O " LA PÉRDIDA ES LO QUE APARENTA ")

Para trabajar nuestra primera propuesta de modelo, y con el fin de entender las vicisitudes de la subjetividad y de las pérdidas, nos asomaremos a la definición freudiana del concepto de trauma:

Llamamos así a una experiencia vivida que aporta, en poco tiempo, un aumento tan grande de excitación a la vida psíquica, que fracasa su liquidación o su elaboración por los medios normales y habituales, lo que inevitablemente da lugar a trastornos duraderos en el funcionamiento energético [Freud, 1978:200 y s].

Laplanche y Pontalis definen así el término trauma:

El acontecimiento de la vida del sujeto caracterizado por la intensidad, la incapacidad del sujeto de responder a él adecuadamente y el trastorno y los efectos que provoca en la organización psíquica [1974:467].

Ahora, un ejemplo-explicación tomado del texto intitulado *Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos* [Freud, 1980:37]:

Si un ser humano experimenta una impresión psíquica, en su sistema nervioso se acrecienta algo que por el momento llamaremos la “suma de excitación”. Ahora bien, en todo individuo, para la conservación de su salud, existe el afán de volver a empequeñecer esa suma de excitación. El acrecentamiento de la suma de excitación acontece por vías sensoriales, su empequeñecimiento por vías motrices. Se puede entonces decir que si a alguien le sobreviene algo, reacciona a ello por vía motriz. Y es posible aseverar sin titubeos que de esta reacción depende cuánto restará de la impresión psíquica inicial. Elucidemos esto con un ejemplo: un hombre experimenta una ofensa, le dan una bofetada o algo así, entonces, el trauma psíquico se conecta con un acrecentamiento de la suma de excitación del sistema nervioso. Así las cosas, instintivamente le nace la inclinación a aminorar enseguida esta excitación acrecentada; devuelve, pues, la bofetada, y de ese modo queda más aliviado; quizá reaccionó de la manera adecuada, o sea, descargó tanto como le fue cargado. Ahora bien, hay distintas modalidades para esta reacción. Para levísimos acrecentamientos de excitación quizá basten unas alteraciones del cuerpo propio: llorar, insultar, rabiar, etc., y mientras más intenso el trauma psíquico, tanto más grande la reacción adecuada. Pero la reacción adecuada es siempre la acción.

Un segundo ejemplo de lo que es y cómo funciona el esquema explicativo del trauma nos lo proporciona la etnografía; un ilongote del norte de Luzón, Filipinas, reacciona ante el trauma por la pérdida de un hijo [Rosaldo, 1991:21] con una fuerte reacción emocional, éste tiene que hacer algo para desechar la ira que le provoca la aflicción, y su reacción consistirá en cortarle la cabeza a alguien, porque el hecho lo volverá a la normalidad:

Una vez que los incursores matan a sus víctimas, desechan la cabeza en vez de conservarla como trofeo. Al arrojarla, por analogía, descartan también las cargas de su vida, incluyendo la ira en su aflicción [*ibid.*].

Un ejemplo más de la concepción traumática y de la reacción que sobreviene al sujeto:

Un relator nyanyusa afirma: si un hombre me insulta continuamente, me exaspera de modo que quiero pelear con él [...] La muerte es un evento espantoso y doloroso que exaspera a los hombres relacionados y les infunde el deseo de pelear y de sacar lo que la muerte provoca. [...] Las descripciones de la danza y las peleas subsecuentes, incluso asesinatos, proporcionan una amplia evidencia de la intensidad emocional involucrada [*ibid.*:27].

Otro ejemplo nos lo proporciona E. Kübler-Ross [2001:79]:

El abuso y maltrato de niños está tan generalizado, que los norteamericanos no tienen ni idea de cuántos traumas, internos y externos, pueden quedar ocultos en los chicos, aun antes de que éstos entren en su primer grado.

Los niños que crecen sin oportunidad de expresar su ira natural, terminan reprimiendo el resentimiento y la furia, deseando resarcirse, anhelando la venganza y, en último término, odiando auténticamente.

¿Qué aportan estas citas a nuestro conocimiento del tema en revisión? Trabajemos primero las definiciones. El trauma deriva de la exposición a un acontecimiento violento e inesperado en la vida de un sujeto, un evento *externo* y único, como en el hipotético caso de Freud o el de los ilongotes o, en todo caso, se trata de una suma de los mismos, como sucede en el ejemplo de los nyanyusas o en el de Kübler-Ross, pero todos tienen la misma procedencia. Es algo que les afecta cuando acontece, y que después les afectará por los efectos sintomáticos que les deja como secuela en caso de no responder; pero ahí termina la relación entre ambos. No es algo que requiera constancia o permanencia para enfermar al sujeto.

Tiempo entre acontecimiento y respuesta, cantidad de excitación y reacción, están ligados por una proporcionalidad inversa; poco tiempo, gran excitación y ausencia de respuesta provocan la debacle. Mucho tiempo, excitaciones pequeñas o respuestas oportunas apuntan al equilibrio. Porque así, el sujeto tendría tiempo de reaccionar, de ejecutar actos motores que permitirían la elaboración y superación del monto excitatorio. ¿Y la historia del sujeto, el contexto en el que ocurre, los parentescos involucrados, la posición del sujeto dentro del área de relaciones sociales, cómo lo viven los grupos cercanos y lejanos y la disparidad social? Por lo pronto no se incluyen, y ésta es precisamente una de las características del modelo de pensamiento ubicado dentro de la reflexión traumática. Todos estos elementos están por construirse, tanto para el sujeto como para el objeto.

¿Y qué hay sobre el objeto? El objeto es, durante el periodo de la teoría traumática, una persona cualquiera, manifiesta, observable, alguien *externo*, a quien se le considera ubicado en la misma dimensión y condición que el sujeto. En todo caso, puede ser el responsable del origen del trauma. El estilo de relación entre sujeto y objeto es de acción y reacción.

La acción recae sobre el sujeto, entonces es menester que reaccione para liberarse del monto energético perjudicial; una forma posible de hacerlo es

responder, pelearse, desquitarse, cortar una cabeza. En resumen, el sujeto debe sacar sus emociones, su coraje, hacer al objeto el polo de la descarga: *si el objeto me la hizo, con el objeto me desquito*. En una función doble, el objeto desencadena el incremento energético, pero también es el polo receptor de la descarga que mantendrá equilibrado al sujeto.

Las tintas se cargan del lado del objeto; el sujeto es una especie de pared de frontón y, si no cumple tal función con premura, se pondrá mal. ¿El responsable? El objeto. El paradigma de partida se tendría que escribir así:

Sujeto ←————— Objeto

El acontecimiento debe cumplir con determinados requisitos: ser intenso (la muerte de un hijo para un ilongote), ser violento, actuar con rapidez suficiente para sorprender al sujeto, es decir, sin ofrecer tregua o alguna oportunidad de reacción, como un “descontón”; es decir, es preciso que el sujeto no pueda deshacerse del monto indeseable que el evento trajo consigo. La impresión del monto energético impacta al sistema nervioso no al psíquico. Por otra parte, en el periodo analizado no existe diferencia significativa entre sistema nervioso y el psíquico; por supuesto, la subjetividad no aparece aún en el horizonte.

El trauma, evento prínceps —por ser el disparador del malestar o de las emociones intensas— está ligado con el incremento de las sumas de excitación que circulan en el sistema nervioso; es preciso mantener en mente que éstas no pueden exceder cierto límite porque, de hacerlo o de permanecer elevadas, enfermaría al sujeto. El objeto, con sus actos externos, es precisamente el responsable de acrecentar o disminuir los niveles emotivo-energéticos. Es el encargado de recibir la reacción por la afrenta recibida y, por tanto, de recibir la vía de la tranquilidad y la disminución de niveles, en caso de que la descarga dirigida a él sea la adecuada. Como toda explicación de finales del siglo XIX y entrado el XX, ésta centra el peso en torno al concepto energía, pero como se trata de seres humanos usará el ropaje de las emociones.

Éstas continúan vigentes de manera explícita —por ejemplo, Renato Rosaldo utiliza la expresión “fuerza emocional”— o de manera encubierta, como en el caso de la cita previa de Kübler-Ross. Veamos más de cerca el ejemplo de Rosaldo: ocurre la muerte del ser querido, el sujeto se llena de

una aflicción que lo desliza hacia la ira y ésta lo conduce finalmente a matar a otro ser humano por la vía de la decapitación:

Muerte del ser amado ▶ Aflicción ▶ Ira ▶ Matar otro ser humano ▶ Retorno a la tranquilidad

En el ejemplo, el objeto provoca todo el proceso descrito, pero no por su presencia sino desde su ausencia. En todos los casos elegidos por Rosaldo la acción tiene éxito, salvo cuando a éstos ya no se les permitió decapitar seres humanos. Si juzgáramos por lo presentado, es posible afirmar que algunas áreas de la antropología aún caen en estas simplificaciones, en esta forma lineal de explicarse el problema de la pérdida y la consecuente reacción-solución; también es evidente que aun cuando se ignore, se emplean la conceptualización traumática, el lenguaje y la aproximación al objeto que ella implica.

En el modelo traumático el objeto no es cuestionado, no cae aún bajo la mira del objeto de estudio, no ha sido aún tocado, es más que objeto, es un agente provocador o un soporte de la descarga, de ahí que se le pueda intercambiar con facilidad por un evento, por un acontecimiento traumático. Es un objeto precientífico.

La afrenta o una pérdida, en tanto que es posible disparadora del proceso traumático, no se dirige a ninguna otra parte, y más bien permanece en el registro en el que ocurre, lo único que es capaz de alterar en el sujeto es su sistema nervioso, las emociones o ambos. La concepción entre traumatismo psíquico y traumatismo físico no se han separado aún.

En este primer modelo, la conceptualización central corresponde a una visión "natural" de los hechos; éstos son mirados sin ninguna elaboración teórica, se los observa, el investigador se acerca con curiosidad a ellos, pero nada más, aún no hay profundización sobre los eventos y las causas o efectos que éstos producen en el sujeto; se entiende que le afecta lo observable y nada más. Por ejemplo, observo que fallece un ser querido del sujeto y aprecio que éste tiene que reaccionar; para mí con eso basta, pues en su reacción está la solución, así directa, sin ambages.

Los hechos se explican desde ellos mismos sin ir más allá, sin buscarles una determinación en otro sitio: entre su aparición y la del trauma no hay otra relación más que la simultaneidad, la coincidencia.

Como diría Turner, se aprecia la influencia del dualismo cartesiano que “insiste en separar el sujeto del objeto y a nosotros de él” [Turner *apud* Mier, 2000:90].

LA PÉRDIDA SEGÚN EL MODELO TRAUMÁTICO

Visto así, perder alguien o algo importante o recibir afrentas o vejaciones podría dar pie a la aparición de un trauma, a un aumento en la excitación del sistema nervioso del sujeto. Lo perdido, como lo ocurrido, y la supuesta argumentación para la cura están en una misma línea, en una continuidad fallida.

La forma tan elemental de concebir al sujeto en lo anotado nos haría suponer que criterios de ese orden pertenecerían al pasado, que ya han sido enterrados o superados, y que ahora concebimos la pérdida desde teorías mucho más elaboradas, pues resulta que la realidad es otra. Los textos utilizados de Freud, en los que reflexiona en torno a este problema, no rebasan el siglo XIX (son de 1893 o 1894).

No obstante, la concepción descrita aún se hace presente, no sólo entre la gente de nuestro pueblo sino en personas con rangos universitarios y profesionales —como vimos en los apartados previos— y se hace presente cuando se pide al afectado que llore por una pérdida, que “no se limite”, que los sentimientos manifestados lo aliviarán y los retenidos lo enfermarán, que no tenga pena de hacerlo, pues la persona desaparecida era importante y debe haber una reacción que corresponda con el ausente o finado.

Cuando actuamos como en los ejemplos suministrados, la teoría que apoya nuestras conductas es precisamente la que aquí describimos. El supuesto que sostiene nuestras ideas y nuestros actos es la descarga emocional, la saludable abreacción; pensar así constituye la forma *traumática* de concebir las pérdidas y su respectivo remedio. El trauma y sus secuelas aún viven entre nosotros.

En el lapso que nos ocupa (1893-1895) Freud también alentaba este tipo de creencia cuando afirmaba —recogiendo lo que pensaban sus contemporáneos— que el problema sería resuelto mediante la oportuna descarga motriz. Suponemos entonces —apoyados en la teoría traumática— que el sujeto puede resolver el problema con facilidad, que todo es cuestión de reaccionar con oportunidad, ya que la magnitud de la respuesta diluye la impresión psíquica. *Mientras más llores su desaparición más aliviado te sentirás*, dice la conseja popular —aquí sí equivocada— partiendo del supuesto de que, si una emoción se vive con la intensidad adecuada, ésta fluirá y saldrá

del sujeto, éste la echará fuera; de hacerlo así, nada se quedará dentro, nada permanecerá para dañarlo; la metáfora “médico-hidráulica” no es mala como analogía, pero es evidente que el sujeto posee un funcionamiento bastante más complicado que lo sugerido por dicha metáfora.

En el esquema explicativo de Rosaldo, el ilongote estará bien si reacciona con la *fuerza emocional* necesaria, sin importar qué esquema elija, no sólo implica un sentido ingenuo o traumático sino una postura ante formas antropológicas con las que no comulga.¹

Si sencilla es la concepción, fácil la receta y la solución, también deberán serlo la supuesta cura y la correspondiente aparición de la decepción, del tedio o del reproche. Ya se le dijo cómo aliviarse, se le proporcionó el “consejo” adecuado, luego, si no logra resolver el conflicto, sería su problema. Se le dirá terco, tonto, cabeza dura, y lo que corresponderá en el futuro será la última parte de la receta: sacarle la vuelta, darle vitaminas o mandarlo con otro especialista porque *ya no tiene remedio*. No se sabe qué hacer con él, y nuevas formas de concebir las pérdidas no han entrado o están por entrar en nuestro acervo cotidiano (en el mejor de los casos).

Experimentar muchos años con creencias como las citadas y percibir que el sujeto no reacciona, que continúa con su pena, no han logrado eliminarse de nuestras concepciones populares ni médicas ni antropológicas ni psicoterapéuticas.

El efecto del trauma se afirma externo, lo que conduce a una concepción del sujeto-objeto y del espacio donde se encuentra este binomio y donde suceden los hechos de la pérdida, en forma consecuente con la idea base. El objeto está afuera sin importar los años de relación que se hayan tenido con él ni las vicisitudes históricas; inexplicablemente, sigue siendo externo. Cuando desaparece el ser amado para el sujeto, le cuesta trabajo deshacerse de él y del recuerdo; se le recomendará poner el mal afuera, es decir, sacarlo de su interior —de su sistema nervioso alterado— mediante las reacciones apropiadas.

Entonces, para resolver la situación basta con que salga el mal, así como ocurre con una herida llena de pus, que exprimo, se desinfecta y se acaba; igual habría que hacer con las pérdidas, pero ¡Helas! ésta no sale, y es así porque su organización, espacialidad y relación con el sujeto es otra; se en-

¹ Esto es patente en la siguiente cita: “La noción de fuerza, entre otras cosas, cuestiona la suposición antropológica común de que el mayor sentido humano reside en el bosque más denso de símbolos, y que el detalle analítico o ‘profundidad cultural’ es igual a la explicación aumentada de una cultura, o ‘elaboración cultural’” [Rosaldo, *op. cit.*:16].

cuentra de otra forma en el sujeto, y los procesos por los que pasa son de un orden diferente al supuesto en la teoría traumática. Fracasamos cuando aplicamos remedios y explicaciones basados en esta forma de pensamiento; eso nos indica, o nos debiera indicar, que lo aplicado no está en concordancia con el fenómeno. Parte de lo que nos proponemos en este artículo es entender cómo se originaron e iniciaron su desarrollo en los primeros esbozos de un espacio diferente, del espacio subjetivo que esté en relación adecuada con el fenómeno.

Por otro lado, se supone que, ante las pérdidas, el sujeto del trauma tendría una reacción uniforme, es decir, si no hay subjetividad no puede haber diferenciación; todos enfrentan la pérdida más o menos de la misma forma, por tanto, la manera en que uno la sufre o resuelve esta es la misma en que la deben sufrir y solucionar los demás, de modo que el remedio para alguien tiene que ser igual de bueno para el resto. En esto se basan los consejos, que se pueden dar sin contexto, suprimiendo las diferencias. El consejo puede llevar buenas intenciones, pero es claro que no toma en cuenta la subjetividad ni la singularidad. No hay elementos para distinguir que a cada sujeto distinto y a cada evento disímil les corresponden diferentes respuestas.

En el periodo denominado de la “teoría traumática” ocurre como si el sujeto hubiera estado vacío, como si nada hubiera dentro de él, con salvedad de lo postulado por el discurso médico de finales del siglo XIX. Es decir, dentro del sujeto sólo hay músculos, terminales nerviosas, estímulos aferentes y respuestas eferentes, según el modelo del arco reflejo; nada psíquico hay, o acaso únicamente visos de una especie de almacén maldito, ya que guardar algo resulta perjudicial, enfermaba al propietario, *ergo* resulta preciso desocuparlo *ipso facto*.

Como era de esperarse, y de acuerdo con estas ideas, el estímulo era lo central, obviamente venía de afuera y perturbaba la tranquilidad del organismo, ¡sí, organismo y no sujeto! Al igual que en la medicina, que se consideraba la piel era la división, lo que ponía límite al exterior y mantenía resguardados los órganos vitales.

Esta forma de conceptuar al sujeto no se ha extinguido, si bien debemos admitir que se ha revestido de ropajes nuevos y más complejos. Se ofrece un extenso abanico de posibilidades y

[...] quimioterapias con psicotrópicos —por ejemplo, neurolépticos y tranquilizantes— son doblemente útiles porque reducen la tensión emocional y porque estabilizan el sistema neurovegetativo [Delay, 1961:33-38].

También se ofrecen drogas para modificar cualquier estado de ánimo: los ansiolíticos aminoran la angustia, los antidepresivos mantienen alejada a la tristeza, los somníferos inducirán el sueño y los relajantes harán olvidar el estrés.

Todo cabe dentro de la misma concepción de sujeto: si a éste le aqueja algo, hay que hacerlo desaparecer, drenarlo, eliminarlo y, si bien esto sirve y alcanza para algunos momentos difíciles, también es cierto que no basta para enfrentar estados como una pérdida.

En lo anotado sobre la medicina apreciamos la ausencia de la subjetividad o, mejor dicho, la persistente vuelta a la “desubjetivación”. No hay sujeto, no hay preguntas sobre éste, lo que acontece en la interioridad puede obviarse. La uniformidad nos viene del pasado y sigue encontrando terreno fértil en el presente.

Quitar, eliminar, poner fuera, deshacerse, alejarse, sacar, abreaccionar, no recordar, extirpar, son los verbos utilizados por este tipo de concepción de las pérdidas y de la realidad.

Dentro del criterio que hemos denominado traumático domina la *temporalidad* cronológica, la del calendario, a la que estamos acostumbrados. Hoy apareció el trauma, en corto tiempo veremos la reacción y ésta será de una magnitud parecida a la del evento; el tiempo tampoco es cuestionado, porque es externo al sujeto, en este caso el sujeto también es pasivo porque se ve afectado por el tiempo y él reacciona, pero no produce nada en su interioridad, salvo quizás sólo incunbe ‘algo’ que, desde luego, sería deseable que pudiera ser drenada.

LA TEORÍA DE LA SEDUCCIÓN O LOS PRIMEROS VISLUMBRES DE LA SUBJETIVIDAD A PARTIR DE LA TEMPORALIDAD NO LINEAL

Nuestro segundo modelo de conocimiento pérdida-subjetividad se puede situar en el pensamiento freudiano del periodo comprendido entre 1895 y 1897. La teoría traumática muestra sus deficiencias, y Freud se percata de que, con relativa frecuencia, sus pacientes le relatan escenas en las que son seducidas por un adulto cuando eran pequeñas, de modo que decide prestar oídos a tales relatos. Si bien, como veremos, para Freud lo que destaca en el evento es la parte sexual, nosotros destacaremos la temporalidad y el papel que ésta desempeñó en la construcción de la subjetividad.

En este periodo, conocido desde Freud como *teoría de la seducción*, es más claro el papel de agente provocador que se le supone al objeto, enferma al

sujeto porque lo toca o lo hace vivir una escena sexual en la cual el sujeto se comporta pasivamente. Se trata de un evento sexual que:

[...] irrumpe desde fuera en un mundo infantil, en el que viene a enquistarse como un acontecimiento [en bruto sin provocar respuesta de defensa [...]] [Laplace y Pontalis, 1976:103-143].

En psicoanálisis, la palabra seducción remite en primer lugar a la idea de una escena sexual, de modo que es posible definirla así:

Escena, real o fantasmática, en la cual el sujeto (generalmente un niño) sufre pasivamente, por parte de otro (casi siempre un adulto), insinuaciones o maniobras sexuales" [Laplanche y Pontalis, 1974:413].

En la última cita se utiliza un término como 'escena' y no el de 'recuerdo', precisamente porque lo que se desea resaltar no es la evocación en sí, como resulta claro. Se quiere enfatizar otra forma de los fenómenos psíquicos—ahora sí psíquicos— en la que el sujeto es parte importante, un personaje, el protagonista central. En la escena que narra se mira a sí mismo, en este caso siendo seducido por un adulto. Se desea destacar que no se trata de una simple reproducción desapasionada de lo vivido, sino de otra cosa: es un relato en el que el sujeto (supuestamente) tomó parte activa, con independencia total de que haya ocurrido así o no el suceso que posteriormente es narrado. Siendo así, el dedo se pone en la llaga de la realidad material, del discurso, de la veracidad de éste y de la reproducción de los recuerdos.

Pero vayamos por pasos, pues para que la *escena de seducción* sea eficaz, debe ocurrir en dos tiempos, y no se debe contar con un acontecimiento, como en la teoría traumática, sino con dos:

En una primera escena, llamada de seducción, el niño sufre una tentativa sexual por parte de un adulto, sin que ésta despierte en él excitación sexual; una segunda escena, a menudo de apariencia anodina, y ocurrida después, durante la pubertad, evoca por algún rasgo asociativo, la primera. Es el **recuerdo** de la primera el que desencadena un aflujo de excitaciones sexuales que desbordan las defensas del yo. Si bien Freud denomina traumática la primera escena, se observa que desde un punto de vista estrictamente económico, este carácter sólo le es conferido retroactivamente; o incluso solamente como recuerdo, **la primera escena se vuelve retroactivamente patógena**, en la medida en que provoca un aflujo de excitación interna [Roudinescon y Plon, 1998:980] (Las negritas son mías).

Entonces, para una vivencia de seducción o toda vivencia destinada a ser inmanejable produzca efectos:

Se requiere de dos tiempos (pasado y presente), dos escenas (una anterior sexual y una actual nimia) y dos localidades psíquicas (la consciencia y el lugar en donde se alberga lo reprimido) [Ayala, 1985].

Por principio de cuentas, este tipo de reflexión nos conduce a la idea de un sujeto dividido, cuyo mundo psíquico no luce como una unidad, sino que está partido, cuando menos, en dos localidades psíquicas: una es aquella a la que puede tener acceso libre y de la que puede recordar, sin problemas, lo ahí almacenado; a la otra localidad pertenece todo aquello que se le escapa, lo que ya no evocará a voluntad, que se ha fugado de su consciencia y que, cuando tendría que acudir —después del primer evento y en las proximidades del segundo— en virtud de un acontecimiento posterior, no llega. Lo que se presenta en lugar de la evocación no es el recuerdo inicial sino un síntoma, un padecimiento, una dolencia. Si lo anotado nos ha permitido formular estas ideas, es evidente que los inicios de la creación del concepto subjetividad están tocando la puerta.

Durante el primer evento el objeto es externo, pero a partir de la segunda escena, la del evento nimio, parece invadir al sujeto. El objeto es el portador del acto, lo decanta sobre un sujeto inerte, pasivo, que desconoce las prácticas sexuales a las que el otro lo somete pero no las rechaza, incluso las acepta. Por otra parte, lo traumático ya no es cualquier evento, es uno muy claro y enmarcado, de un tipo muy preciso; se trata de una aproximación o un acto predominantemente sexual, y tampoco la edad es cualquiera, ahora se trata de un infante, si bien el proceso termina o se concreta cuando el sujeto es un púber.

Con la teoría de la seducción, puede decirse que todo el traumatismo viene al mismo tiempo del exterior y del interior. Del exterior porque es desde el otro de donde llega la sexualidad al sujeto, del interior porque brota de ese exterior interiorizado, de esa reminiscencia [Laplanche y Pontalis, 1976:103-143].

El otro-objeto es externo e interno, es también parte de una escena traumático-seductora que afecta al sujeto y ante la cual éste no puede reaccionar más que con sus síntomas. Básicamente el objeto —ahora sexuado en su relato— es el responsable de que el sujeto enferme.

La teoría de la seducción se separa de la traumática en varios puntos: a) para que los síntomas aparezcan tenemos que esperar el segundo tiempo, no

es suficiente con el advenimiento del primero, b) el objeto es siempre una persona —casi siempre adulta— ya no más un acontecimiento ni una sumatoria de varios de ellos; por esta vía “Se incorpora la presencia de lo radicalmente distinto, del otro, en el propio universo.” [Mier, 2000:53-94] y c) otro punto en el que difieren drásticamente es el relativo a la temporalidad, denominado *après-coup*, retroactividad o resignificación al elemento será crucial en el avance hacia la creación-entendimiento de la aparición de la subjetividad.

Freud considera que el proceso es provocador de síntomas o, dicho de otra forma, para que la pérdida sea efectiva, debe ocurrir en dos escenas y en dos tiempos: en el primer escenario-tiempo el sujeto es seducido sin reaccionar, mientras que en el segundo, sin ser atacado o abordado sexualmente, reacciona según el modelo de la defensa primaria, esto es, con síntomas.

Pongamos un ejemplo, sea el denominado caso Emma, relatado en *El proyecto de psicología para neurólogos* (publicado en 1895). Segundo escenario-tiempo: ella va de compras a una tienda, ve entonces que dos empleados *ríen* y eso le es suficiente para salir corriendo, presa de una especie de susto. Para cualquiera de nosotros, la vista de dos hombres que *ríen* entre sí no resulta razón suficiente para salir huyendo. ¿Por qué lo hace ella?

Lo absurdo del comportamiento se aclarará utilizando los conceptos previos. La escena presente (la relatada por Emma, denominada segundo tiempo-espacio) se ha combinado con otra, proveniente de otro tiempo, y construida por otros contenidos. La *risa* actual sirve de eslabón asociativo para conectar con la otra escena (por ahora ausente de la conciencia).

Primer escenario-tiempo: lo constituye un primer evento, ahora fuera de la conciencia de Emma, aquél cuando ella contaba sólo con ocho años y, al acudir a una confitería, el pastelero le pellizcó los genitales. El seductor acompañó este acto con una *risa* sardónica.

La defensa primaria subraya que todo ocurre a espaldas del sujeto o, mejor dicho, ya no en el exterior sino en su interioridad. Su aparato perceptivo y su yo están listos para defenderlo de todo aquello que provenga del exterior, pero lo que le sucede, mediante el segundo escenario-tiempo, no tiene efecto desde el polo perceptivo ni desde el exterior —y aquí viene el viraje central— sino desde el interior del sujeto, pues el tiempo que transcurrió entre el primero y el segundo evento posibilita que el primero sea una huella mnémica, un recuerdo alojado en un registro interior; por tanto, el segundo evento evoca lo registrado en la interioridad del sujeto, de ahí su fuerza nociva y la imposibilidad de defenderse y de entender el proceso.

El sujeto queda otra vez indefenso pero ahora ante su devenir interno, ante la formación en su interioridad, en su esbozo de subjetividad de ese cuerpo extraño. Esto resulta terrible y poco alentador. La subjetividad se forma pero en cuanto lo hace deja de pertenecernos, nace rebelde.

Ergo, el segundo tiempo aporta elementos que conectarían, mediante la asociación, con el evento primero y guardado previamente en el espacio mnémico del sujeto; además, el tiempo de vida transcurrido —entre la infancia y la pubertad— lo significará, le aportará significados que no poseía durante la primera ocasión. En tal temporalidad se ubica ahora el centro de la reflexión, el ombligo explicativo, los pininos de la subjetividad.

La eficacia no dependerá entonces de la fuerza, potencia o intensidad del evento o de la emoción que lo acompañe sino de algo interno, de algo que yace en el sujeto y se pone en actividad a partir de situaciones como las escritas. Lo que ahora le da la potencia desequilibrante es que se desarrolla en el interior.

LA PÉRDIDA SEGÚN LA TEORÍA DE LA SEDUCCIÓN

Con el concepto de resignificación pueden pensarse otras características de las pérdidas, la temporalización y la singularización de la misma. El tiempo para percibir y sufrir una pérdida no es el mismo en todos y ésta no se llora o sufre necesariamente en el momento de la separación o de la muerte.

En virtud del *après-coup* el sujeto sufre una pérdida, el resultado completo no sería observable de inmediato, habría que esperar la llegada de un segundo acontecimiento que resignificaría al primero, y entonces estaríamos en condiciones de sopesar el tamaño real —para ese sujeto— de la pérdida de su objeto. Para ser afectado, el sujeto requiere dos tiempos, su objeto perdido en el evento uno le duele, lo llora, pero en ese tiempo la magnitud real de la pérdida le es desconocida. En el primer tiempo estamos ante la pérdida del objeto en la realidad externa, en el segundo, ante las pérdidas en la subjetividad. En el momento en el que sucede las pérdidas sólo posee la dimensión actual, el golpe es presente, se perdió una persona o un trabajo, nada más. El tamaño de lo ausente no se ha acomodado aún dentro del sujeto, ignora el peso, el valor de las pérdidas en el registro subjetivo.

Ha sido calibrada desde la percepción-conciencia pero aún no se ha subjetivado y tal proceso, para llevarse a cabo, no depende de la voluntad o reflexión del sujeto, sino de eventos nimios posteriores, cuyo instante de ocurrencia se desconoce.

Ya no existe una linealidad-continuidad entre integrantes, registros, temporalidades, emociones, causas y efectos. La fisonomía elusiva de la subjetividad se deja tomar sus primeras fotografías.

Es claro también que lo perdido ya no es el objeto externo real y visible; desde este punto de la teorización, es evidente que las pérdidas tendrá su medida precisa cuando lo perdido tome su lugar en el psiquismo del sujeto, y para ello es menester esperar al segundo evento, una tarde lluviosa, la lectura de un libro, una imagen cinematográfica y, cuando esto ocurra, todo se precipitará como en cascada y ni el sujeto ni los que lo rodean entenderán por qué el sujeto tuvo tal reacción ante un suceso tan intrascendente.

Ahora sí se ha mostrado el efecto, el golpe, el tamaño, el valor de lo perdido en el primer tiempo y lo que significaba realmente para el sujeto, cuya valoración él mismo ignora y no en pocas ocasiones. Ha salido a la luz, y la forma de evidenciarse, por no estar en línea recta con el evento, luce incomprendible. Además, si en su momento ya se puso triste, entonces nadie lo liga con lo anterior, y se encuentran desconcertados.

Otra característica de la pérdida queda expuesta: su *aniversalización*, es decir, que una vez ocurrida la pérdida, cualquier evento presente la pone otra vez en circulación, sea un cumpleaños, una melodía, un día soleado, una carretera, todos serán elementos oportunos que, funcionando a la manera de la segunda escena, harán volver los acontecimientos a la palestra: “En octubre —decía una mujer— murió mi madre; el siguiente año me operaron de la vesícula, el que siguió me rompí una pata ¿qué me pasará el próximo año?”.

Una puñalada más a la conseja popular y a todos los que se explican la pérdida basados en lo afectivo-emocional, es que no basta la cantidad o la calidad del llanto, las descargas emocionales, los actos y escenificaciones que lo acompañan, nada de eso puede evitar la insoslayable llegada del segundo evento.

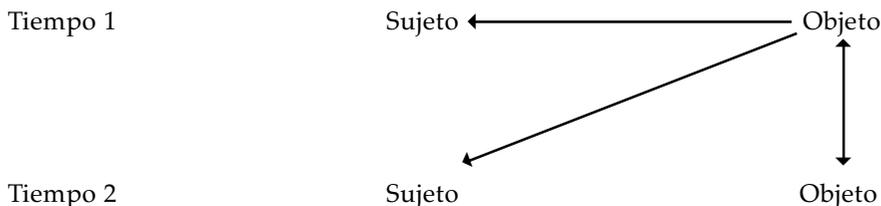
Por desgracia, la forma en que acontece, alejada ya del evento, induce a encontrar causas distintas a la reacción actual del sujeto. La razón de su postración afectiva se busca poco en las inmediateces del primer evento, y menos aún en lo que circunda al objeto-tiempo-espacio del segundo tiempo, el desencadenante, y desde luego, nunca en la potenciación que adquieren ambas, merced al espacio de tiempo intermedio.

Quizá por la misma razón ha pasado desapercibido el mínimo avance científico en esta área, de modo que seguimos aferrados a lo que vemos y a pesar del tiempo transcurrido, el tipo de solución-escucha que se le otorga

a una pérdida sigue siendo el fundamentado en la abreacción, en la reacción emocional adecuada y vigorosa.

Un nuevo camino se ha emprendido hacia la subjetividad, algo debe pasar en el interior del sujeto para que éste pueda enfermar, no es únicamente el suceso y la respuesta inmediata. Vemos a un sujeto no hueco y, ni en el mejor de los casos, poseedor de un sistema nervioso. Puede almacenarse y postergarse en él la asociación entre recuerdos y eventos sucedidos en tiempos diferentes. El sujeto de este modelo de conocimiento es mnémico y temporalizado, no desde el calendario sino desde una interesante dinámica externo-interno, recuerdo-evento, pasado-porvenir.

En lo desarrollado ha quedado claro cómo se fue construyendo la otra localidad, de la que irá precipitándose la subjetividad, y no podrán aclararse en el espacio de este escrito dudas como ¿cuál es el espacio o en qué localidad ocurre esa postergación-combinación?, ¿qué leyes operan ahí?, ¿a qué dinámica obedecen? Lo trabajado podría resumirse en el esquema siguiente:



Otro punto que es importante desarrollar tiene que ver con la escucha y cómo está determinada o marcada por los puntos trabajados, es decir, ¿qué se escucha cuando nos ubicamos en el primer modelo y cómo cambia ésta cuando lo hacemos en el segundo?

En el primer caso, la oreja del etnólogo, médico o psicólogo, se dirigirá a los hechos reales, a eventos traumáticos, a los cuales siempre se les considera efectivamente acontecidos; nunca se supondría que son o que podrían ser ficciones de los sujetos entrevistados. Se encontrarán los eventos y se dará por concluida la búsqueda, por que lo que se cuenta y lo que se escucha están en la misma línea, no se desconfía para nada de lo relatado. Además, lo narrado tiene una consistencia tal que quien entrevista parece suponer que el dato recogido no ha sufrido ninguna alteración, a pesar del tiempo transcurri-

do entre acontecimiento y la narración. Lo almacenado en la memoria parecería inalterable, nada lo afecta.

En el segundo caso, lo que escuchamos-busamos en la narración constituye únicamente la escena-relato-evento-tiempo *uno*, y tendremos que seguir atentos pues falta el *dos*, sin su aparición nuestro trabajo y explicación estarían incompletos. Ya el relato no es fidedigno, porque dice pero también oculta, y aparecen luces ámbar preventivas para cuando escuchamos, transcribimos o leemos las narraciones etnográficas: lo que el sujeto dice posee más de un nivel.

Es evidente que el desarrollo de los modelos para comprender la subjetividad no se detuvo en los dos analizados, sigue por la línea que nos propusimos continuar. Freud pronto advirtió dos cosas: sus pacientes inventaban, sin mentir ni simular, escenas de seducción que no se habían producido *de facto* o bien, si esas escenas habían tenido lugar, no explicaban la eclosión de los síntomas:

Para dar coherencia a todo esto reemplazó la teoría de la seducción por la teoría del fantasma, que supuso la elaboración de *una doctrina de la realidad psíquica basada en el inconsciente*³ [Roudinesco; Plon, 1998:979] (Las cursivas son mías).

En efecto, la incorporación de la teoría del *fantasma* o de la *fantasía* es fundamental para comprender el pasaje definitivo del exterior a la subjetividad; a partir de tal constructo teórico es posible tener un asidero seguro para pensar el tema desde el ángulo de la subjetividad.

CONCLUSIONES

La teoría del conocimiento nos ha dotado de diferentes modelos para acercarnos a la realidad y al sujeto y entenderlos, más allá de la observación superficial. En el caso específico que nos ocupa, la subjetividad, saber de su existencia, tener claros los modelos, aplicarlos, es central a la hora de trabajar sobre las pérdidas; esto es válido con cualquier grupo de personas, sujeto o informante, todos poseedores de una información pero, sobre todo, de una subjetividad que alberga los datos anhelados. Nos interesa indagar sobre esa subjetividad, penetrar en ella, que quede expuesta; no obstante, justo los modelos aquí analizados nos han mostrado que no se trata de una suerte de pila de agua bendita dispuesta a que el mejor postor meta su mano.

No, ella tiene otros papeles, impone otras cuotas, interviene deformando la información (la almacenada y la narrada), presenta el resultado de las dos

escenas, no como una resultante sino como un dato último. El informante no es la fuente autenticadora de la verdad, pues en su interior bullen mecanismos y expectativas; el informante adorna lo narrado según su implicación y sus intereses, e informa pretendiendo agradar al investigador.

Entonces, quien solicita información debe tener noción de todo esto, contar con métodos que le permitan ubicar cuáles pueden ser las vías, los puntos, los temas y los porqués; por qué lugares la información se fuga, se opaca, engaña o toma rutas no deseadas.

BIBLIOGRAFÍA

Ayala, D.

1985 *La realidad observada desde el ángulo de la represión*, manuscrito inédito.

Delay, J.

1994 "De la emoción a la lesión", en *Estudios de Psicopatología*, Buenos Aires, ATuel-Cap, pp. 33-38.

Freud, Sigmund

1978 "Lecciones de introducción al psicoanálisis", en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, vol. 15, pp. 200-201.

1980 "Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos", en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, vol. 3, p. 37.

Kübler-Ross, E.

2001 *Una luz que se apaga*, Bogotá, Colombia, México, Pax.

Laplanche, J. y J. B. Pontalis

1974 *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Labor.

1976 "Fantasía originaria, fantasías de los orígenes, origen de la fantasía", en *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo*, Buenos Aires, Nueva Visión, pp.103-143.

Mier, G. R.

2000 "La antropología ante el psicoanálisis: las iluminaciones tangenciales", en *Cuicuilco*, núm. 18, México, ENAH, pp. 53-94.

Rosaldo, R.

1991 *Cultura y verdad*, México, Grijalbo-CNCA.

Roudinesco, E. y M. Plon

1998 *Diccionario de psicoanálisis*, Argentina, Paidós.